

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

¿Qué es la Moral? [What is Moral?]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Cortina, Adela
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-05-16 23:23:15
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/222693

¿QUÉ ES LO MORAL? • VIRTUALIDADES DE UNA ÉTICA CIVIL • LA MORAL CRISTIANA HOY • RETOS MORALES CONTEMPORÁNEOS: BIOÉTICA, ÉTICA Y ECONOMÍA, ÉTICA ECOLÓGICA, ÉTICA DE LA INFORMACIÓN, ÉTICA POLÍTICA.

155

1991

LOS RETOS DE LA ÉTICA APLICADA

Por VICTORIA CAMPS, JESÚS CONILL, ADELA CORTINA, DIEGO GRACIA, PEDRO M. LAMET, EMILIO G. MARTÍNEZ, NICOLÁS M. SOSA, JOSÉ MONTOYA y MARCIANO VIDAL

IGLESIA

REVISTA DE PENSAMIENTO CRISTIANO

VIVA

IGLESIA
VIVA

Los retos de la ética aplicada

IGLESIA VIVA

Núm. 155, septiembre-octubre 1991

	<i>Página</i>
PRESENTACIÓN	445
ESTUDIOS	
¿Qué es lo moral?. Por Adela Cortina	447
Virtualidades de una ética civil. Por Victoria Camps	457
El reto de la bioética. Por Diego Gracia	465
Ética económica. Por Jesús Conill	471
Ética ecológica. Por Nicolás M. Sosa	477
Ética de la información. Por José Montoya Saenz	491
Diálogos para una ética de la vida política. Por Emilio G. Martínez Navarro	497
La moral cristiana, hoy. Por Marciano Vidal	507
NOTAS	
Defender la vida. Por Diego Gracia	521
EL SIGNO Y EL TIEMPO (Crónica cristiana)	
Estalla el descontento episcopal. Por Pedro Miguel Lamet	525
LIBROS.... ..	535
LIBROS RECIBIDOS.	538

Tradicionalmente la ética, como filosofía moral, y la moral cristiana han contado en su estructura con dos partes al menos, una dedicada a reflexionar sobre la fundamentación —filosófica o teológica— de la moral y sobre las categorías necesarias para concebir el fenómeno de la moralidad (deber, felicidad, bien, ley, etc.), y otra ocupada en orientar la acción en los casos concretos, resolviendo problemas que pudieran presentarse en la vida cotidiana al entrar en conflicto los principios morales descubiertos en la parte anterior. Se llamaba esta dimensión “casuística”, por proponer soluciones en casos concretos.

Al hilo de la historia, sin embargo, la casuística así concebida ha ido perdiendo prestigio y sentido. Prestigio, porque un recetario semejante acostumbra a los individuos a hacer dejación de su responsabilidad en las decisiones personales o bien, en otros casos, les angustia hasta la neurosis. Sentido, porque —como bien dice Marciano Vidal— la moral es cosa de actitudes, más que de actos concretos, y porque los principios morales han ido dejando paulatinamente de ser materiales para limitarse a señalar los procedimientos que sería preciso seguir para que cada quien intente llegar a decisiones correctas. Con todo ello puede parecer que esa parte de la ética dedicada a aplicar los principios está sencillamente de más.

Sin embargo, hoy en día cobra fuerza y protagonismo la llamada “ética aplicada”, hasta el punto de que las posibilidades de fundamentación de los principios morales resultan para algunos cuestionables, pero no la necesidad de dar unas “orientaciones-marco” para su aplicación. ¿Se trata con este auge de la ética aplicada de una restauración de la tradicional casuística?

En modo alguno. Más bien sucede que determinados ámbitos de la realidad social (médico, económico, político, ecológico, etc.), que al hilo del tiempo han ido mostrando tener su autonomía, sus reglas de juego, plantean hoy problemas

de envergadura para cuya respuesta precisan ayuda de la ética. Y no porque la ética desde sus principios morales vaya a proceder como un águila que sobrevuela los distintos reinos y se posa donde bien le parece, sino porque esos mismos reinos le piden que se introduzca en ellos, que intente comprender bien la lógica que los gobierna, para poder bosquejar desde ahí conjuntamente posibles respuestas.

Pasaron los tiempos del "platonismo" ético, cuando el filósofo o el teólogo moral, tras contemplar la idea de bien, se avenían a aplicarla en los casos concretos. Hoy éticos y especialistas en los diversos saberes tienen que trabajar codo a codo para perfilar orientaciones de la acción no sólo técnicas, no sólo utópicas, sino verdaderamente humanas. Es decir, ni conformistas con lo que hay ni descabelladas.

Para llevar adelante semejante tarea es preciso en principio redefinir lo moral, privarle de su desdichado anclaje en las cuestiones sexuales y de ese carácter sombrío, negativo que tanto "carcas" como "progres" le han asignado, y descubrir su auténtica labor. Labor que hoy sólo podrá desarrollar en una sociedad plural si es capaz de encontrar esos mínimos morales compartidos, esa compartida moral civil que, en diálogo con política y economía, con medicina y ecología, con pedagogía y profesiones, nos lleve a diseñar respuestas comunes.

Esta es la razón por la que encabezan este número dos trabajos ocupados en redefinir las tareas de lo moral (ADELA CORTINA) y en señalar los mínimos que compondrían una moral cívica (VICTORIA CAMPS). A continuación, especialistas en distintos ámbitos de la ética aplicada nos recuerdan los trazos y problemas fundamentales de cada uno de ellos, sin pretender —como es obvio— exhaustividad; dado el espacio de que disponen, sino únicamente con el deseo de señalar lo urgente de adentrarse en ellos. DIEGO GRACIA apunta los problemas de ética médica; JESÚS CONILL diseña un marco de ética de la empresa; NICOLÁS MARTÍN SOSA recuerda la necesidad de emprender una forma de vida ecológica; JOSÉ MONTOYA presenta las líneas generales de la ética de la información; y EMILIO G. MARTÍNEZ las polémicas que hoy mantienen los éticos de la política.

Por último, como es de ley en nuestra revista, un teólogo moral, MARCIANO VIDAL, asume la tarea de preguntarse por las relaciones entre moral cristiana y lo que algunos llaman "moral racional", entre moral cristiana y la moral cívica planteada en los trabajos anteriores, por saber si hay entre ellas las diferencias que algunos señalan o, por el contrario, no está tan lejos la promesa cristiana de una humanidad en plenitud de los ideales de una moral cívica.

¿QUÉ ES LO MORAL?

Por ADELA CORTINA

1. Un pasado poco flamante

Menester es reconocer desde el comienzo que lo moral no ha gozado de muy buena prensa en un pasado reciente, al menos en los países como el nuestro, en los que hemos venido gobernándonos por un único código moral. Y la razón de la mala prensa no ha sido sólo el exclusivismo —nunca beneficioso—, sino también el hecho de que el código hiciera honor al origen etimológico del término —*mores*, costumbres—, pero limitándose en muy buena medida a las costumbres sexuales.

No ha pasado tanto tiempo desde que “la Moral” era en las playas españolas aquella policía que controlaba la decencia de los bañistas. No ha pasado tanto tiempo desde que el profesor de moral —como “tipo ideal” en el sentido de Weber— era aquel clérigo de “La Corte del Faraón”, que ante cualquier escena ingenuamente maliciosa se retorció en la butaca, acusando a la obra de “contumaz regodeo en la concupiscencia”. La moral trataba —por resumir— de lo que un amigo con excelente humor llama “las cochinas”: de las relaciones sexuales, la masturbación o el aborto.

Ante todo ello la tarea del moralista parecía consistir en poner límites, en medir el centímetro hasta dónde era lícito, con una mentalidad bastante más jurídica que moral o religiosa. Hasta el punto de que, en lo que hace al cristianismo, quedaba la invitación al amor en código sexual de circulación.

A mayor abundamiento, y por completar el cuadro sombrío de la moral, en las facultades de filosofía los genios se dedicaban a los niveles especulativos del pensamiento y los taruguitos a la ética; división del trabajo que —por lo que me cuentan— se reproducía en las facultades de teología a la hora de distribuir las energías mentales del respetable entre la dogmática y la moral.

Sea lo que fuere de la estupidez humana, que mucho arreglo no tiene, lo bien cierto es que la realidad no parece dejarse gobernar del todo por ella y cuando menos se piensa plantea retos ineludibles, que hasta el más contumaz de los conformismos se ve obligado a atender. Y hoy en día, sin ir más lejos, distintos ámbitos de nuestro ser humano se han puesto en pie de guerra exigiendo respuestas morales con la insistencia casi insultante del cobrador de una letra impagada.

Imposible hacer oídos sordos. imposible continuar con tan pobre y limitada visión de lo moral porque, de seguir así, nos exponemos al deshaucio: a quedarnos sin ecosfera, sin dignidad humana y, con un poco de suerte, sin vida.

A fuerza de golpes del cobrador en la puerta, la moral se ha visto forzada a recordar que no fue siempre su misión la de andar vigilando parejas o pecados en solitario, sino que tiene una hoja de servicios prestados a la humanidad bastante más presentable.

2. La hoja de servicios de la moral

En lo que a la moral occidental se refiere, ya que de la restante confieso mi casi total ignorancia, tuvo por tarea allá en la Grecia homérica considerar las virtudes que debía cultivar cada individuo para lograr el mantenimiento y la mejora de su comunidad. Clave de lo moral eran, pues, la comunidad y su supervivencia, y desde tal clave era preciso distribuir los papeles que debía representar cada miembro y las habilidades que había de desarrollar, como recuerdan la *Iliada* y la *Odisea*: Héctor el valor, Andrómaca la fidelidad, Aquiles y Patroclo la amistad, Ulises la astucia (1).

Era, pues, la moral —recibiera o no ese nombre— saber acerca de las virtudes que cada individuo debía cultivar para lograr una vida acorde con el fortalecimiento de su comunidad. Cultivo paciente del

(1) A. Mac Intyre, *Tras la virtud*, Barcelona, Crítica, 1987, caps. 10, 11 y 12.

que surgía el carácter, ese carácter individual y comunitario que —como recuerda Aranguren— es resultado y fuente de los actos (2).

Siguió siendo la moral en la Grecia clásica, por lo que sabemos, reflexión y deliberación acerca de las virtudes necesarias para llevar, en el seno de la *polis*, una vida buena. Pero sus pretensiones empezaron a desbordar el marco de la comunidad política al preguntar por el fin de cualquier hombre y los medios para conseguirlo: al preguntar por su felicidad.

Creó verla Aristóteles en el ejercicio de la función más propia del hombre, que era a su juicio la vida contemplativa, mientras los hedonistas la cifraron en el placer. Pero en ambos casos de alcanzarla, y no de límites y prohibiciones, trataba la moral.

Al hilo de la historia otras tareas reclamaron con urgencia la atención de nuestro saber: la autonomía del individuo exigía la defensa de su dignidad y convirtió en deber cuanto llevaba a protegerla. Hundiendo sus raíces en esa añeja tradición de la ley natural, estoica y cristiana, surgía la idea de unos derechos naturales que fueron cobrando cuerpo hasta convertirse en el lenguaje de los ilustrados en fuente de dignidad.

Defender la dignidad de los hombres, aún contra ellos mismos, fue misión de la moral, como había sido su felicidad. Dos caras de ese rostro jánico de lo moral, que sigue siendo difícil conciliar, porque suele la felicidad entenderse únicamente como bienestar y el bienestar resulta difícilmente compaginable con la dignidad. Otra cosa sería tener por felicidad autorrealización, pero de ésa bien pocos hablan.

Autonomía, dignidad, felicidad, virtud, carácter han sido, pues, objetivos que, a lo largo de la historia, han ido jalonando la hoja de servicios de lo moral. Ciertamente he silenciado esas sombras que siempre acompañan a las luces, pero el hecho de que las acompañen no quiere decir que las apaguen. Y asombra al recordar la grandeza de las metas propuestas, el pobre oficio que le vimos desempeñar en nuestros años mozos. Era una gran señora venida a menos, venida a nada: a dejar bien claras las cuestiones sexuales para que los derechos de herencia los esgrimiera el hijo legítimo del padre legítimo. Y de paso a canalizar toda la agresividad causada por neurosis sin cuento poniendo barreras al afán de placer. Hasta el punto de que, como recordaron

(2) J.L. L. Aranguren, *Ética*, Madrid, Revista de Occidente, 1958, 21-33.

los frankfurtianos, llegó a convertirse la moral en la enemiga de la naturaleza interna del hombre, a la que sólo buscaba reprimir.

Probablemente no era ésa la intención, pero fue ése el resultado; que de la ideología nunca se ha dicho que sea conscientemente intencionada.

Crecía la injusticia social, y la moral andaba tras las parejas; se preguntaban los hombres cómo ser felices, cómo dar un sentido a sus vidas, y la moral les aclaraba machaconamente qué no debían hacer, qué estaba prohibido. Ante cualquier avance de la ciencia se erguía amenazante el moralista para rechazarlo, recurriendo para ello a una presunta ley natural peregrinamente interpretada, que se empeñaba en extraer de lo que es, de lo que ocurre en la naturaleza, lo que debe ser, cayendo palmariamente en la "falacia naturalista".

Nunca propuestas afirmativas, proyectos atractivos; siempre restricción, prohibición.

Afortunadamente la realidad ha venido a librar a la moral de estas ensoñaciones neuróticas, como comentamos al comienzo. Y no sólo la realidad de los escándalos públicos en la vida política, sino también la realidad del desequilibrio ecológico, la amenaza nuclear, el hambre homicida, el desafío del avance técnico en las ciencias de la salud, el fin de los códigos morales únicos, compartidos por toda la población, las actuales reflexiones de la economía sobre sus fines y sus medios, el asombro de la prensa ante su propio poder, que difícilmente puede seguir considerándose el cuarto, los retos de una sociedad compleja a cualquier tipo de vida profesional.

La pobre moral se ha visto de pronto asediada por este cúmulo de cobradores que le exigen pagar de pronto una buena cantidad de letras si quiere evitar el deshaucio: le exigen idear orientaciones para resolver estos problemas que estén a la altura de la dignidad humana.

3. Un despertar brusco

En efecto, los avances de la técnica, por empezar por uno de los problemas mencionados, nos fuerzan hoy a revisar la noción de progreso que durante los últimos tiempos hemos venido manejando y a preguntarnos si no supone más bien un regreso, una reacción. Suponían los ilustrados que el avance técnico comportaría un aumento im-

parable de bienes materiales y que tal aumento sería una fuente de posibilidades para la humanidad. Liberados de la sujeción a la naturaleza, los hombres podrían alcanzar cotas no soñadas de libertad, igualdad y fraternidad.

Sin embargo, la situación de la ecosfera tras décadas de avance técnico nos lleva a preguntarnos si tal avance comporta un progreso en la realización de los valores morales mencionados o si únicamente ha traído aumento de bienestar material para algunos grupos de individuos o de países, mientras el resto permanece en el hambre y la miseria, y la amenaza para todos los pueblos de agotamiento de los recursos del planeta. Prevenir el hambre y la miseria presentes pero también la amenaza de agotamiento futuro no exige sólo mejoras técnicas, invención de nuevos medios, sino —como hace algún tiempo apuntaba Schumacher— una transformación en nuestras formas de vida, lo cual no es una tarea técnica, sino moral (3).

El mismo avance, pero referido ahora al potencial bélico, pone también en peligro de destrucción nuclear a todo el planeta, y por el momento causa muerte y dolor en un buen número de países, sobre todo del Tercer Mundo. Pero tampoco la política de disuasión, el equilibrio del terror, el fomento de los bloques o de la hegemonía —jurídica, moral y sobre todo bélica— de un solo país o de varios países son medios adecuados para prevenir la destrucción y la muerte, porque la violencia es en nuestra civilización un modo de vida para la industria armamentista y para los traficantes de armas, para narcotraficantes y terroristas, para la industria cinematográfica y para dejar bien clara la hegemonía de unos países sobre otros. La cuenta pendiente de la violencia no se paga, pues, con un perfeccionamiento de medios, sino que, como en el caso anterior, nos las habemos con un problema de formas de vida, de fines de la conducta humana. Y éste es un problema, no técnico, sino moral.

La reciente revolución en los países del este europeo desde un régimen que para algunos suponía la alternativa viable al sistema capitalista (4), del que se decía ser la causa de nuestra noción equivocada de progreso, ha sumido en el desánimo a cuantos creían posible prevenir científicamente la llegada de otro modo de producción y, por consiguiente, de una forma de vida más justa. Pero han demostrado los acontecimientos que no hay ciencia de la liberación, menos aún de la

(3) E.F. Schumacher, "Mensaje desde el Universo", en *Integral*, 42 (1983) 6 (82).

(4) Ver *El Ciervo*, 484 (1991), 5 ss.

salvación (5). Proyectar formas de vida más humanas no puede dejarse en manos de las leyes de la historia, sino que ha de ser cosa de hombres convencidos de su superior valía, empeñados en idear el camino real, viable, para ir incorporándolas.

Crisis ecológica, violencia, desaparición de las alternativas presuntamente viables al capitalismo son otras tantas grietas que reclaman respuestas morales universales a una humanidad universalmente afectada, si es que quiere realizar el sueño ilustrado de libertad, igualdad y fraternidad; si es que quiere realizar el Reino de Dios.

Y en el camino son necesarias cuantas morales religiosas puedan sugerir ideales, revitalizar raíces reseca, pero con la conciencia de que en una sociedad secular no cabe pedir sino lo que una moral civil está dispuesta a dar; con la conciencia de que en una sociedad secular es menester ofrecer razones válidas para todos a la hora de apoyar propuestas morales.

Cierto que en España en los últimos tiempos las exigencias de rearme moral se han planteado públicamente sobre todo a raíz de escándalos producidos por la actuación de la clase política, de suerte que parece urgente la revisión de los principios de una ética de los políticos. Y, sin embargo, sólo desde una ética cívica arraigada en actitudes, virtudes, proyectos, es posible una crítica con sentido, aún de la política. Porque es obvio que no puede exigirse a otros que actúen de acuerdo con una fe de que carecen y, por otra parte, no es difícil hallar puntos de coincidencia con ellos en aquellos valores que legitiman las instituciones democráticas.

En nuestros tiempos —y es cosa que conviene no olvidar— se reconoce, al menos verbalmente, el valor intocable de cada hombre, como también que la vida toda —médica, económica, política, profesional— ha de estar a su servicio. Las declaraciones de derechos humanos y los valores de la vida democrática —autonomía, igualdad, solidaridad— son un punto crucial de coincidencia que permite a gentes de distinto credo religioso y de diferente ideología política laborar en común, porque la moral cívica es sin duda una ética mínima, una moral de aquellos mínimos normativos exigibles a todos para que cada quien pueda realizar sus ideales de felicidad (6).

Atenerse a ella en la vida ciudadana y trabajar por incorporarla no significa —a mi modo de ver— que cada quien rebaje sus pretensiones

(5) A. Cortina, *La moral del camaleón*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991, sobre todo cap. 3.

(6) A. Cortina, *Ética mínima*, Madrid, Tecnos, 1986; *Ética sin moral*, Madrid, Tecnos, 1990.

a la hora de diseñar el cuadro de una humanidad realizada; se trata más bien —creo yo— incluso de prolongar una tradición católica que no admite la existencia de una doble verdad, una para la razón y otra para la fe. Fe y razón se han fecundado mutuamente a lo largo de la historia y hoy la defensa racional de unos mínimos morales, la defensa racional de los derechos humanos y los valores democráticos, no tiene por qué diferir de la creyente ni en cuanto al contenido ni en cuanto a las razones ofrecidas para apoyarlo.

A mayor abundamiento, yo quisiera recordar que cualquier intento de proteger estos valores es ya una denuncia de lo injusto de nuestra vida política y económica —nacional e internacional—, pero también de lo injusto de nuestra vida profesional, del hospital y la fábrica, la universidad y la empresa, la iglesia y un largo etcétera.

Es, pues, una buena tarea para la moral, un imponente proyecto, el de escudriñar los valores ciudadanos que nos unen, con vistas a proponer modos humanos de vida para la sociedad civil y modos humanos de gestionar la cosa pública. Problema este último que no es sólo el del comportamiento moral de los políticos, sino también el de construir una democracia viable y deseable en la línea de una ética política.

Por desgracia o por suerte, sin una moral cívica desde la que proponer a los políticos los fines que desean alcanzar los ciudadanos de una sociedad democrática, será imposible llevar a la práctica ese norte y guía que a la política daban las doctrinas del contrato social: que no se promulguen más leyes que aquellas que todos podrían querer. Como resultará imposible construir una ética médica que, aprovechando las ventajas que el avance técnico proporciona para el mantenimiento y fomento de la salud, evite hacer uso de ellas en detrimento de la dignidad humana.

En efecto, la introducción en la medicina de otros dos principios, junto al tradicional de beneficencia al enfermo, es decir, de los principios de autonomía del paciente y justicia debida a la sociedad, exige tomas de decisión conjuntas por parte de médicos, pacientes y sociedad afectada por tales decisiones, que sólo pueden llevarse a cabo si existen entre ellos unos mínimos compartidos, unos mínimos morales de acuerdo (7). En una sociedad plural es inmoral que sólo uno de los tres estamentos implicados tome decisiones a pesar de los restantes, pero la toma de decisión común exige sin duda unos mínimos de acuerdo, una ética cívica.

(7) D. Gracia, *Fundamentos de bioética*, Madrid, Eudema, 1989.

Ante tales retos, a los que se añaden los de la economía que hoy reclama modelos morales para su supervivencia, los de la empresa concebida como un proyecto compartido, los de las ciencias de la información que necesariamente han de trabajar con un lenguaje más emotivo que argumentativo, o los retos de las distintas profesiones, la moral se ha visto obligada a despertar de sus neurosis anteriores, a curarse de la miopía de un pasado reciente y a recuperar su señorío. De nuevo tienen que ser dignidad, autorrealización, carácter individual y comunitario, valores y virtud sus objetivos, pero además ahora tiene que demostrar que ha aprendido una lección de humildad a lo largo de su historia y sin la cual se expone a hacer lo peor del mundo: se expone a hacer el ridículo.

4. La república del saber

Algunos filósofos de nuestros días gustan de recordar que el dominio del saber no es ya una monarquía en la que la filosofía o la teología ofician de monarcas y los restantes saberes son gobernados por ellas como fieles súbditos. Pensar que filósofos o teólogos descubren ciertas verdades por hallazgo apriorístico en el primer caso, por directa revelación divina en el segundo, y que después los aplican a los demás saberes supone no entender que nuestro modo de conocer es hermenéutico; de modo que los presuntos conocimientos *a priori* hunden sus raíces en una razón experiencial (8), como también la revelación divina es, más que directa, interpretación de experiencias (9).

De ahí que, en nuestro caso, una distinción esquemática entre principios morales —sean teológicos o filosóficos— y la aplicación de tales principios desvirtuaría el carácter del modo humano de adquirir el saber que es circular. Es preciso partir de ciertas experiencias, tratar de esclarecerlas conceptualmente y llegar así a descubrir principios que, implícitos en ellas, nos permiten comprenderlas mejor. Y a su vez una aplicación de los principios a experiencias nuevas nos lleva a una mejor comprensión de los mismos porque aplicarlos supone interpretarlos.

Este modo de proceder, propio del llamado “círculo hermenéutico” es el que compete a nuestro saber. Y aunque profesáramos, como es mi

(8) J. Conill, *El enigma del animal fantástico*, Madrid, Tecnos, 1991, sobre todo cap. 4.

(9) A. Torres Queiruga, *La revelación de Dios en la realización del hombre*, Madrid, Cristiandad, 1987.

caso, una "hermenéutica crítica", que cree encontrar algún principio que trasciende a las experiencias concretas, para llegar a él será preciso recorrer el camino de la experiencia y reinterpretarlo al sumergirlo de nuevo en ella.

El dominio del saber es, pues, una república, y el filósofo o el teólogo que deseen dar lecciones a médicos y economistas, a políticos y ciudadanos de a pie sin haber hecho al menos una experiencia mínima de la medicina y la economía, la política y la civilidad, se exponen a hacer no sólo el ridículo, sino a prestar a la humanidad un flaco servicio, porque prescribirán orientaciones inadecuadas, como las de quien habla una lengua extranjera; de suerte que los expertos o bien harán caso al teólogo o al filósofo y tomarán con ello decisiones desacertadas, o bien dejarán de atenderles por indocumentados. Solución que no es tampoco muy saludable, ya que nuestro mundo acaba entonces por convertirse en el dominio de los expertos, de los técnicos, que buscan únicamente la eficacia y no se preguntan si con ello están respetando y protegiendo la dignidad de cada hombre.

Teología moral y ética deben, pues, abandonar sus pretensiones monárquicas —dicen algunos— y trabajar democráticamente con los expertos en otros saberes con el deseo de llegar a entendimientos y acuerdos. Yo también creo que deben hacerlo, dejándose de afanes monárquicos cuando los tengan, pero sobre todo abandonando complejos de inferioridad, cuando sea ése el caso. Porque me temo que teólogos morales y éticos no están demasiado convencidos de que pueden decir una palabra orientadora cuando se recluyen en sus facultades —sea de teología, sea de filosofía— y recitan sin término doctrinas pasadas, sin atreverse a enfrentar el presente y el futuro.

Sin duda somos los hombres animales de tradiciones, pero desde tales tradiciones hemos de encontrar orientaciones para el presente y el futuro. Lo cual requiere en nuestro momento hacer el gran esfuerzo de intentar saber de otras materias y trabajar con expertos en ellas, sacudiéndose la inercia de jugar siempre en casa, engrasando articulaciones un tanto esclerotizadas. La gratificación de tal esfuerzo puede ser —todo hay que decirlo— generosa: la de apuntar orientaciones que puedan resultar útiles para llegar a una humanidad más realizada. ¿Cuál será entonces la especificidad de lo moral?

5. Estar en forma

Lo moral debe recuperar, a mi juicio, el sentido etimológico de los términos “moral” y “ética”, pero no en el de las costumbres sexuales, sino en el diseño del carácter individual y comunitario, de las formas de vida mínimas y máximas que logran plenitud humana. Y también el sentido de esa tradición hispana, que nos recuerda el uso del término “moral” en nuestra lengua: estar alto o bajo de moral, tener la moral alta o estar desmoralizado significa encontrarse o no con fuerzas para hacer frente a la vida con altura humana (10).

El que se encuentra con fuerzas, el que está en forma es justamente el que no pone restricciones, el que no recorta ni se encoge, sino el que infunde ánimo, propone metas, crea vida.

Lo moral, según esta tradición nuestra de que hablamos, no es un conjunto de códigos de normas que se establecen *a priori* para distintos ámbitos; no es una suma de prohibiciones, componentes de una suerte de código de circulación que nos indica cuándo circulamos correctamente tranquilizando nuestra conciencia y eliminando cavilaciones. No es, en modo alguno, una actitud de prevención frente a todo lo nuevo, una desconfianza ante lo que no puede encontrar ya una respuesta en las doctrinas tradicionales.

Sin duda harán falta códigos deontológicos, redactados por éticos, teólogos morales y expertos en las distantes materias desde la experiencia concreta de cada uno de los dominios. Sin duda serán precisas normas mínimas, universalmente reconocidas, que impidan violar el respeto a la dignidad de cada hombre. Pero es ésta una dimensión de lo moral próxima al derecho, que no puede officiar sino de segundona frente a la verdadera actitud moral, que consiste en la forja ilusionada del carácter individual y comunitario de modo que nos sea posible estar en forma, enfrenar la vida con altura humana.

Muchas respuestas pueden darse a los problemas que antes hemos planteado y a muchos otros, pero no todas tendrán talla humana si no surgen de una actitud individual y colectiva dispuesta a darla.

(10) J. Ortega y Gasset, “Por qué he escrito *El hombre a la defensiva*”, en *Obras Completas*, Madrid, Revista de Occidente, IV, 1947, 72; J. L. Aranguren, *Ética*, 81.